



DIRECTORA

La Serenísimá Sra. D.<sup>a</sup> María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

NÚM. 60

Salamanca 15 de Diciembre de 1910

AÑO V

## DE MI VIDA

IMPRESIONES

DE MADRID Á MUNICH EN AUTOMÓVIL

XXXIV



ESTOY viendo caer la nieve, y con todo me parece que el mundo está lleno de sol. En los días que he estado en España me he empapado de calor, luz, vida y poesía.

Será difícil que cuente todo lo que llevo dentro, y sé que están esperando mi relato con esa corriente de simpatía y cariño, que se ha establecido entre nosotros, desde que me he atrevido á romper el dique y contarles lo que pienso. ¡Cuántas lágrimas se habrían evitado en el mundo, si el pueblo hubiera sabido la verdad de lo que piensan sus príncipes!

Un automóvil es el vehículo más á propósito para verse "de





cérca„; se llega mucho más lejos en pocas horas, que en diligencia ó á caballo, y se detiene uno en los sitios más inesperados.

Durante nuestra estancia en Madrid hemos podido hacer excursiones muy hermosas: una tarde vimos reproducida una de las populares escenas que, como nadie, inmortalizó el delicado pincel de Goya. En el Pardo, sobre el mismo fondo de los famosos cuadros, un grupo de hombres y mujeres bailando la jota. Nos dijeron que estaban de boda y con la sencillez de la gente buena nos sacaron sillas á la puerta de la casa del guarda, y siguieron cantando y bailando para nuestro recreo ¡Había mucha paz en la atmósfera aquella tarde!

Otra vez fuimos á ver hasta la presa de Santillana. Nos llevaron mis hijos, porque sabían la alegría grande que iba yo á recibir, al ver una obra tan inmensa llevada á cabo para beneficio de Madrid por un grande de España. Mucho más me alegré con tal visita al recordar á sus padres, que tan amigos eran de toda nuestra familia. Navegamos buen rato por el lago artificial de algunos kilómetros de extensión, que hace, con las montañas del Guadarrama, un paisaje de los Alpes.

Otra excursión inolvidable fué la que hicimos á Aranjuez, y Castillejo.

—“Tienes que venir á ver mis posesiones, me dijo mi sobrino Luis Fernando, y contando con el buen estado en que había encontrado hasta entonces las carreteras españolas, calculé que se podía ir á las dos partes, en un día, y volver por la noche á Madrid. Desde el puente de Toledo empezamos á dar tumbos. Yo me consolaba diciendo: “hallovido mucho...„; pero por dentro tenía un miedo atroz de que se podía romper, por lo menos, el coche. Al fin, aunque mucho más tarde de lo que habíamos pensado, llegábamos sin percances que lamentar á la puerta “del Deleite„. Todas las posesiones que pertenecieron á la Reina Cristina, tienen en el nombre algo de aquella sonrisa, que va siempre unida al recuerdo de mi abuela: “Quita pesares„, “Vista alegre„, “el Deleite„. Es un palacio hermosísimo, que aun en su abandono actual, conserva un aire de “gran señor„. Pensando lo que había sido y lo que pudiera ser, se nos pasó el tiempo recorriendo las salas vacías y no pudimos detenernos en la biblioteca, que está llena de libros. A los pocos días volvió allí mi sobrino y me trajo el primer libro de que había echado mano, por ser ca-



sualmente una vida de Santa Teresa de Jesús, publicada el año 1813 en Valencia. Es una edición tan bonita y me la dió con tanto cariño, que le dedicaré en su día un artículo especial en esta revista; hoy quiero seguir contando nuestras aventuras. No podíamos continuar la caminata sin almorzar, y para eso nos dirigimos á lo que fué un día Palacio de Godoy, y es hoy fonda de Pastor. Al salir del "Delcete," preguntó mi sobrino al guarda por la casa donde ahora vivía, y le prometió con tanto cariño que la próxima vez iría á ver su habitación, que comprendí por qué le quieren tanto. Almorzamos con mucho apetito y cuando le dije al fondista: "ya me había dicho mi hijo Fernando que se comía muy bien aquí," me contestó muy satisfecho: "ahí en esa mesa se sentaba con los oficiales del regimiento." Por fin emprendimos la marcha por la carretera de Cádiz.

Efecto de las lluvias, tampoco estaba esta carretera en estado de permitir correr muchos kilómetros por hora, y el sol iba bajando, y mi nerviosidad, aunque trataba de disimularla, creciendo, porque al día siguiente había una revista en Madrid y yo quería ver á Fernando á la cabeza de su regimiento. Empezaba á obscurecer cuando pasábamos por Saelices. "Este es mi pueblo," nos dijo el chico, saludando con la gorra á los habitantes, que le vitoreaban. Todavía anduvimos largo rato, parte de él, por sus tierras, hasta llegar á... no sé cómo llamarlo, no es palacio, ni cortijo, es algo muy peculiar, una casa muy española, con cuartos á la inglesa, llenos de recuerdos cosmopolitas. Andaban en obra; pero todo, desde la capilla hasta la biblioteca, demuestra la intención de habitar allí, sin que se eche de menos el bullicio del mundo. Los mecánicos declararon que ellos no se atrevían á volver á Madrid aquella noche, por el estado de los caminos y porque (razón suprema) no bastaría la gasolina! Ante todo, había que telegrafiar á Madrid que no nos esperaran aquella noche. Esa fué una nueva contrariedad. A las siete se cerraba el telégrafo en Saelices y había un buen trayecto hasta llegar allí. Se ensilló la yegua de mi sobrino, que corre bien, y gracias á Dios llegaron á tiempo de poner el telegrama. Los criados, que no aguardaban huéspedes, no tenían ni cuartos, ni comida preparados; pero donde hay cariño y buena voluntad se remedia todo. Como por encanto se



amueblaron algunos cuartos y se improvisó una cena. "Tía, ven á ver el cuadro", me decía mi sobrino, "que es precioso". Y en efecto, era precioso. Agrupados delante de una de esas chimeneas de campana, se veían hombres, mujeres y niños, iluminados por el resplandor de la llama que ardía en la piedra de la cocina, sobre la cual había colocados un par de pucheros. Y más bonito aún era oír la conversación que se entabló entre el amo y sus servidores. En la habitación contigua á la cocina había una Virgen del Carmen y una guitarra. De buena gana hubiera pasado allí veinticuatro horas.

¡Qué lástima! Pero tenía constantemente ante mis ojos la revista del día siguiente, y había que estudiar el medio de llegar á tiempo. Por si no se encontraba gasolina en Tarancón, teníamos calculado tomar allí el tren, que salía para Aranjuez á las tres de la mañana, y para eso, después de dormir unas horas, nuevamente, á las dos de la mañana, emprendimos la marcha. Al llegar á Tarancón nos pareció lo más prudente ir á la estación y preguntar allí dónde venderían gasolina; y como no sabíamos el camino, al ver una sombra negra, que resultó ser un hombre muy simpático, al punto bajó del coche mi sobrino y le rogó subiera al estribo del coche para guiar á los mecánicos. Cuando se bajó en la estación el hombre, el chico, aterrado, nos dijo en alemán: "No tiene más que una pierna". Aquel hombre, que con su pierna de palo vino á nuestro socorro, sin pensar en el peligro que podía correr, era el tipo del pueblo español.

Por fortuna, nos aseguraron que se podía encontrar gasolina en Tarancón, y digo por fortuna, porque en aquel momento se marchaba el tren. En la plaza, que era muy clásica: grande, cuadrada y con arcos, reinaba un silencio tan profundo, que pudimos oír los pasos del sereno, acercándose á nosotros con el chuzo y la linterna; y nos vino muy bien para llamar con libertad á la puerta de un buen señor que, lejos de incomodarse, sacó la cabeza por la ventana y nos dijo con muy buenas maneras que la gasolina la tenía su hijo, que vivía á la vuelta de la esquina. Su hijo nos entregó con la misma cortesía, todo lo que necesitábamos, y cuando mi sobrino se sentó por fin en el coche, diciendo muy satisfecho: "La verdad es que no creí que la íbamos á encontrar", asomó un hombre la cabeza por la ventanilla y dijo: "Donde esté un ser-



vidor, no le faltará nunca nada á V. A., Resultó que habían hecho una vez el viaje desde Madrid juntos y se habían hecho amigos.

Cantaba el gallo cuando salimos de Tarancón, y poco á poco nos fué amaneciendo por el camino. Al llegar á Madrid encontramos las tropas de los cantones, que se iban reuniendo para la revista, y á prisa y corriendo logramos vestirnos y llegar á tiempo á la tribuna para asistir á la misa de campaña y al desfile de las tropas, que resultó magnífico, á pesar de la lluvia torrencial que caía.

Hemos tenido de todo durante nuestra estancia en Madrid: un congreso internacional; un baile muy bonito en casa de los Condes de Casa Valencia; una velada literaria en el Ateneo, que yo, á instancia de los organizadores, hube de presidir, y en la cual oímos composiciones magníficas; la inauguración de la escuela alemana, modelo de organización y prueba del interés que tiene el Emperador por sus súbditos en cualquier parte del mundo que estén; una comida á los pobres en la Congregación del Ave María y una visita interesantísima á la fábrica de tabacos. De todo lo mucho é interesante que allí observé no sabía decir fácilmente cuál fué la más simpática de las impresiones recibidas en tan grata visita, si lo artístico del conjunto, el número de empleados, lo bien organizado que tiene todo el director, lo mucho y bien que se trabaja, el altar de la Virgen de la Paloma cubierto de flores y luces ó la expresión del agradecimiento que se revelaba en los ojos de las cigarreras; las más viejas llegaron á formularlo en estas palabras: "Cómo nos recuerda á la Reina Isabel," ¡Yo sé todo lo que eso encierra para el pueblo de Madrid! Una nota muy triste se ha mezclado, como sucede siempre en la vida, á las grandes alegrías. ¡Nuestro fiel amigo el Dr. Camisón se moría! Ha sido un gran consuelo para él vernos á su lado en los últimos momentos. Mi marido, que tantas buenas lecciones recibió de él cuando iban juntos en otros tiempos á los hospitales, le contaba las maniobras de la sanidad militar, que había presenciado con tanta satisfacción, la operación que había hecho en el Instituto Rubio, y el pobre, escuchándole, se rejuvenecía. Con el mismo valor que desafiaba las balas en la guerra del Norte, donde le conoció mi hermano, vió venir la muerte. Una de las primeras cosas que me dijo fué: "Antes de salir de Coria, pensando en el disgusto que tendría V. A. si me moría



sin confesión, llamé al Párroco y quise, por el ejemplo, que todo el pueblo se enterase de cuándo recibía el Viático. En Madrid se volvió otra vez á confesar antes de entregar su alma á Dios. Mi apuro era la pena que tendría cuando nos marchásemos; pero mi marido, que fué á verle la noche antes de nuestra salida, me aseguró que lo dejaba muy conforme, aunque convencido de que eran pocas las horas que le quedaban de vida. En efecto, al día siguiente, en Medina del Campo, nos dijeron que había dejado de existir. Estaba el ambiente lleno de tristeza cuando nos dieron esa noticia: volvíamos de visitar, á la luz del crepúsculo, las ruinas del castillo de la Mota; allí nos enseñaron una especie de calabozo, en el que había vivido D.<sup>a</sup> Juana la Loca, y, como decía la mujer que nos guiaba, esos eran los "soterraños por donde andaban los reyes". Todo era lúgubre y me hablaba de lo poco que duran las cosas.

No habíamos querido salir de España sin ver los adelantos de las obras de la Basílica en Alba de Tormes y arrodillarnos un momento ante el sepúlcro de Santa Teresa. Pasamos unas horas muy agradables en Salamanca. Allí vinieron á verme los padres de los chicos que se están educando en Munich, y se pusieron muy contentos cuando les anuncié que la Reina Cristina pagaba el viaje á sus hijos para que volviesen á España durante las vacaciones del próximo verano. Me dieron chorizos, nueces y castañas, que les hemos traído en el automóvil y que les saben á gloria, por ser de su casa. No pudimos quedarnos en Salamanca todo el tiempo necesario para que mi marido contemplase todas las riquezas que encierra; pero estaba encantado con lo poco que pudo ver. Oímos misa en la capilla de los Comuneros, en la Catedral Vieja, tan llena de recuerdos históricos y de obras de arte, y le llevé á mirar en la capilla de Anaya, una de las tumbas que más impresión me han hecho en mi vida: un matrimonio que duerme el sueño eterno con una expresión tan serena, que hace pensar: éstos de veras descansan en paz.

Mi hija deseaba visitar una vez á su Santa Patrona, la Virgen del Pilar, y como Zaragoza estaba muy lejos de Salamanca, fuimos por de pronto á Valladolid. No pudimos detenernos más que una noche; pero fué lo bastante para testificar con alegría que el Hotel Moderno merece su nombre, y gracias á lo bien alumbrada que está la ciudad, pudimos ver que



Valladolid tiene plazas, calles, paseos y teatros muy hermosos. Mi marido sintió mucho no poder acceder al deseo de los estudiantes de que fuera á la Facultad de Medicina; pero teníamos los días contados, si no queríamos que se nos echaran las nieves encima.

Por un error nos enseñaron la carretera de Segovia, cuando preguntábamos por la de Soria, y gracias á ese error vimos algo precioso, que no estaba en el programa: el castillo de Cuéllar. Con la facilidad que se entabla una conversación entre españoles, nos contaron que las llaves las tenía D. Segundo, el administrador, que vivía en la plaza. Fuimos á buscarle, escoltados por una turba de chiquillos, y pudimos contemplar un palacio que aún se salvaría de la ruina si se destinara para dependencia del Estado, como se hizo con el Alcázar de Segovia. Hay una galería, con espléndidas vistas sobre la vega, que recuerda aquella que se ve en el castillo del Duque de Brabante, en Lohengrín.

Era ya muy tarde cuando llamábamos en Soria á la puerta de una fonda, cuyo propietario, en el curso de la conversación, se descubrió que había sido fiel servidor de Palacio, en la época de mi hermano.

Con el respeto que se visita un santuario, visitamos al día siguiente las ruinas de Numancia y recogí como reliquia carbón y cenizas de aquel lugar. He disfrutado mucho en este viaje; por un lado poder enseñar á mi marido las páginas de gloria que recuerdan las piedras de mi patria, y por otro ver correr entusiasmada á mi hija con su máquina de fotografía para retratar rincones típicos ó grupos de mi tierra. En Soria encontramos un muchacho muy artista, que nos llamaba la atención sobre algunas cosas y nos regaló un tipo del país que él había pintado y que hace honor á su talento. Visitamos el Museo, que encierra los objetos curiosísimos encontrados en las excavaciones de Numancia y las ruinas ideales del convento de San Juan de Duero al pie del monte de las Ánimas, que es donde escribió *El rayo de luna* ese Becker que tanto admiraba yo en el romanticismo de mi juventud, y que, por fin, ahora se le saca del olvido alzándole un monumento.

Puede uno reconstruir los tiempos gloriosos de nuestra Edad Media viendo las ruinas de los castillos que coronan los cerros de Castilla; algunos están aún bien conservados, como el de Peñafiel; al pie de la colina hay un pueblo muy



pintoresco, donde nos paramos á comprar pan, porque al hacer nuestras provisiones en Soria, se nos había olvidado cosa tan necesaria. Desde que salimos de Madrid decidimos, para ganar tiempo, almorzar por el camino al aire libre, donde encontrásemos un sitio apropiado. Esta vez, por estallar un neumático (el único que hemos roto en España) aprovechamos la ocasión para poner la mesa sobre unas rocas en un sitio precioso no lejos de Agreda. Mi hija y yo nos alegramos de que pasara un río al pie de los riscos, porque si no, en vez de almorzar, nos lleva mi marido á unas cuevas que estaba viendo del otro lado. Cuando los mecánicos concluyeron de poner la rueda, se encontraron su almuerzo preparado, y mientras comían, entablamos conversación con los aldeanos que se habían ido parando junto al coche; les contamos que habíamos venido de Alemania y que ahora nos volvíamos allí, después de haber pasado una temporadita con nuestros hijos en Madrid, y concluimos por decirles quiénes éramos, para satisfacer su curiosidad. “Ya había dicho el Conde cuando pasó por ahí: este es un coche de la Casa Real.” — “¿Cómo se llama el Conde?” — les pregunté. Se miraron con asombro, y una mujer muy guapa y muy simpática contestó: “No sé; el Conde le llamamos.”. Cuando íbamos á marchar, ví que se les había olvidado también mi nombre, y se lo volví á repetir. Enseñando en su sonrisa unos dientes como perlas, explicó la mujer: “Es para decírselo á D. Carlos.”. ¡Qué les importa á las gentes de aquellos riscos el calendario de Gotha!

Algunas veces, cuando había mercado en los pueblos, nos encontrábamos el ganado en la carretera, y por muy despacio que fuésemos, el automóvil los espantaba; pero nadie se enfadaba con nosotros. Una mujer, que se cayó de lo alto de su carro sobre un montón de piedras, frotándose el codo, que de seguro le dolía mucho, nos dijo riéndose, señalando á su mulo: “¡Qué animal más loco!”. ¡Si no hay en el mundo pueblo más bueno que el pueblo español! ¡Con qué fervor le pedí aquella noche á la Virgen del Pilar que lo protegiera, que siguiera siendo su capitana! Aunque era muy tarde cuando llegamos á Zaragoza, el Sr. Arzobispo me proporcionó enseguida la alegría de ver lo que estaba esperando hace casi veinte años; á mi hija acercando sus labios á la imagen que dió la misma Virgen á Santiago. A la luz de los cirios que ardían



sobre el altar, parecía como si la Madre y el Niño pusieran la mano sobre su cabeza rubia y me la bendijeran. Al día siguiente volvimos al templo para besar ese pilar en el sitio donde hasta la piedra parece haberse ablandado ante las cosas que le han dicho los besos de tantos siglos.

Habíamos llegado al término de nuestro viaje, y aunque estábamos muy bien alojados en el Hotel de Europa y nos hubiese gustado quedarnos más tiempo en una ciudad tan hermosa como Zaragoza, teníamos que volvernos á casa y no me quedaba tiempo ni aun para visitar la escuela Normal de que es Directora doña Eustoquia Caballero, y que tanto me hubiera interesado, porque deseaba ver las reformas introducidas después de su excursión científica á Alemania y de aquellas tan importantes conversaciones que tuvimos en Munich sobre la cuestión de la enseñanza. Dimos sólo un vistazo á la Aljofería y salimos para Pamplona, donde llegamos ya entrada la noche, habiendo almorzado debajo de unos olivos cerca de Tudela. El Palacio de los Condes de Quindulain, donde pasamos aquella noche, tiene un aire de grandeza de otros tiempos y da gusto conversar con unos señores á quienes no se les puede echar en cara los males del absentismo que deploran otras comarcas. Mientras nuestros hijos hablaban juntos, las madres recordábamos los tiempos en que como niños jugábamos en París en casa de nuestra abuela la Reina Cristina. A la mañana siguiente visitamos con el señor Obispo que habíamos tenido el gusto de conocer en Munich, la magnífica Catedral y las reliquias que encierra y vimos después los recuerdos de Sarasate en el Ayuntamiento. Haciendo honor á Pamplona están los retratos de Eslava, Gayarre y Sarasate en el mismo salón que otros dos muy hermosos de mis padres. El Alcalde me enseñó la carta escrita por mi padre al enviar ese regalo á la ciudad en recuerdo del tiempo que había estado allí de guarnición.

Al alejarnos de Pamplona para pasar ya por fin la frontera, resonaron de repente á lo lejos las trompetas tocando la marcha real; las tropas que estaban de maniobras habían visto el automóvil y España me enviaba ese último saludo desde los Pirineos. Una salve cantada en el monasterio de Roncesvalles completó la poesía de la despedida. ¡Qué hermoso es aquello! La maza de Roldán, que se conserva allí, nos recordaba otra página de nuestra historia, que revivíamos al cruzar aquellos



espléndidos despeñaderos. Parecía que el sol se quedaba en España y que el cielo no estaba ya tan claro después de pasar la frontera.

Yo no había vuelto á Pau desde el año 1868, y aunque era muy pequeña entonces, recordé las tristezas que pasamos al entrar otra vez en el histórico castillo donde nació Enrique IV.

Faltaba todavía mucho camino que hacer hasta llegar á Baviera y tuvimos que detenernos en Toulouse, Mende, Lyon, Ginebra y Zurich. En Ginebra pasamos la noche en el mismo Hotel de la Paix donde vivimos el año 1870 con mi madre cuando el sitio de París no nos permitía quedarnos allí. Por tristes que sean, hay mucha dulzura en todos los recuerdos que se relacionan con mi madre. Al recorrer hasta camino de Zurich las pintorescas orillas del lago Seman, recordaba las excursiones que hacíamos por él de niñas. Tardamos mucho en el camino y rompimos un neumático; pero ya no me sentía yo responsable como en las carreteras de España.

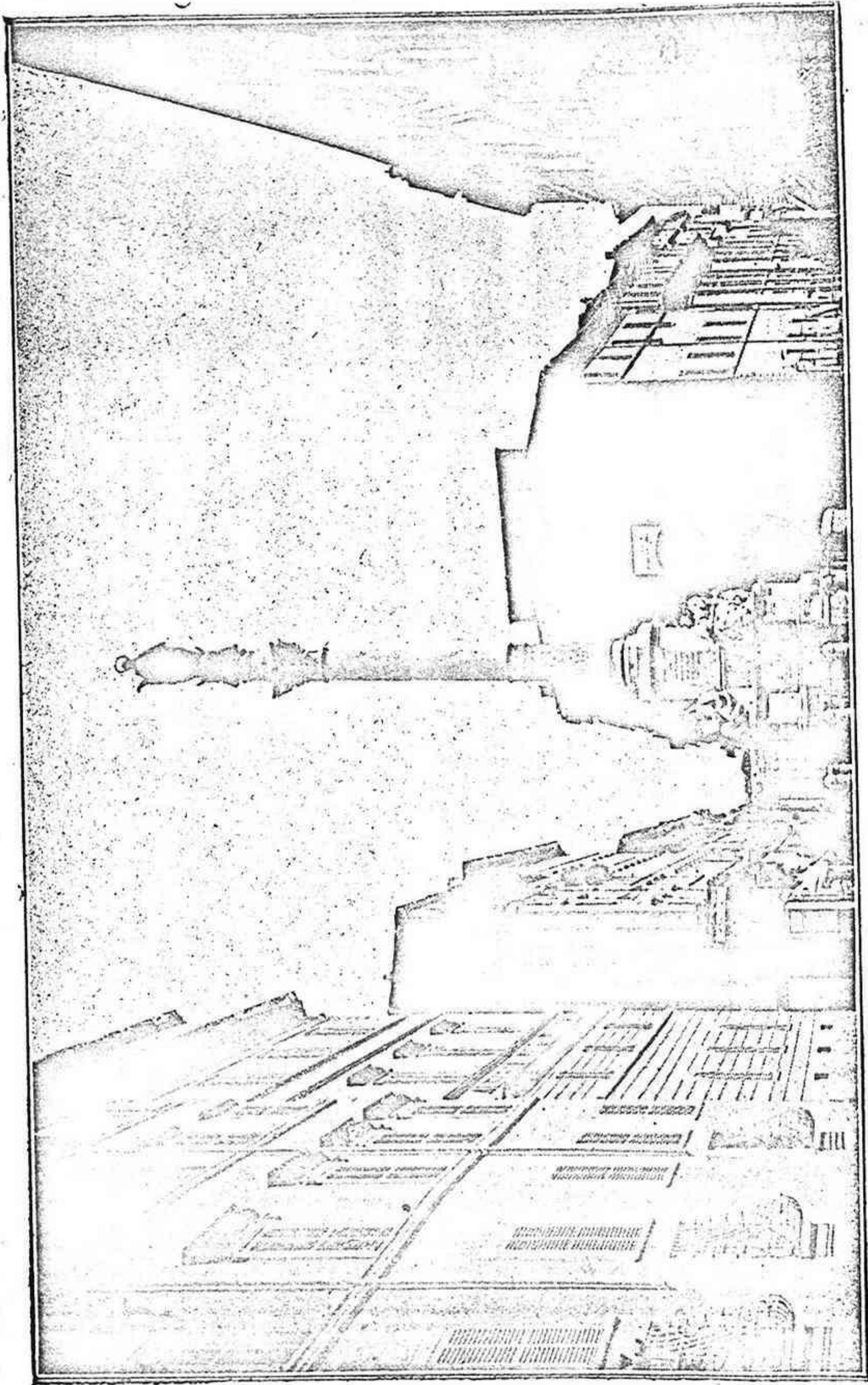
En Zurich, sabiendo lo que me interesó por esas cosas, me llevó el cónsul á ver una de las escuelas de allí. No pude menos de recordar una frase que decía una señora que nos educaba: "Entre callar y trompeta hay varios sonidos,,. Entre la escasez de España y el lujo estrepitoso de las escuelas de Zurich, se podría encontrar un justo término medio,,.

Al ver el león de Baviera velando en el lago de Constanza á la entrada del Puerto de Lindau, pensamos que ya podíamos seguir de un tirón hasta casa. Hicimos provisión de gasolina y seguimos andando leguas y leguas; la nieve caía sin cesar, la noche estaba muy oscura; pero al llegar cerca de casa salió la luna á punto de iluminar uno de esos Cristos que se ven en los campos de Baviera; lo contemplé en silencio mientras decía en mi corazón: "Gracias,,.

PAZ.

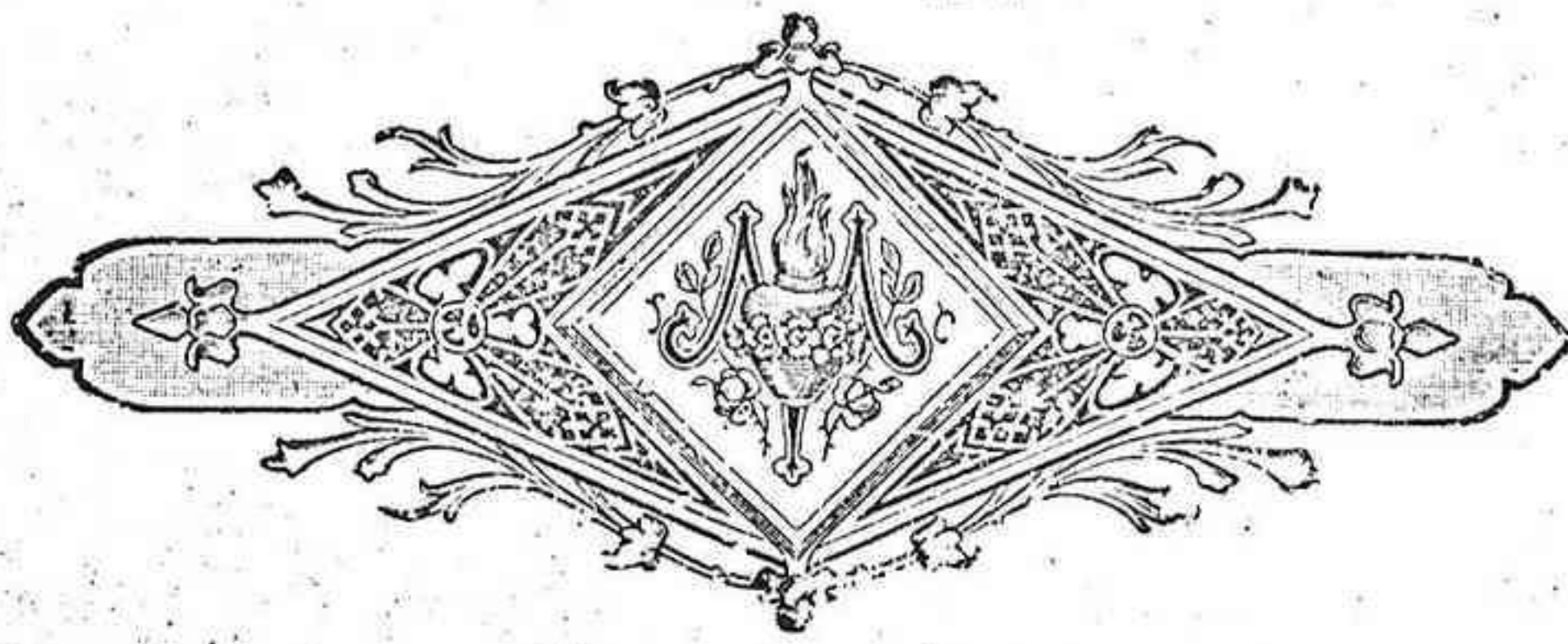






Monumento de la Inmaculada en la plaza de España, en Roma



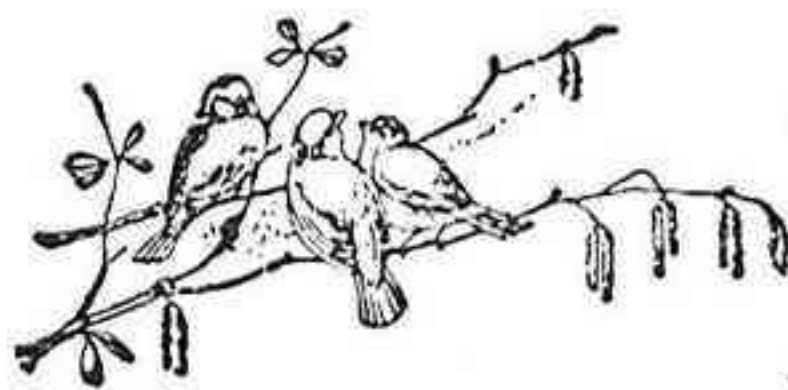


## ¿FELICIDAD AQUÍ...?

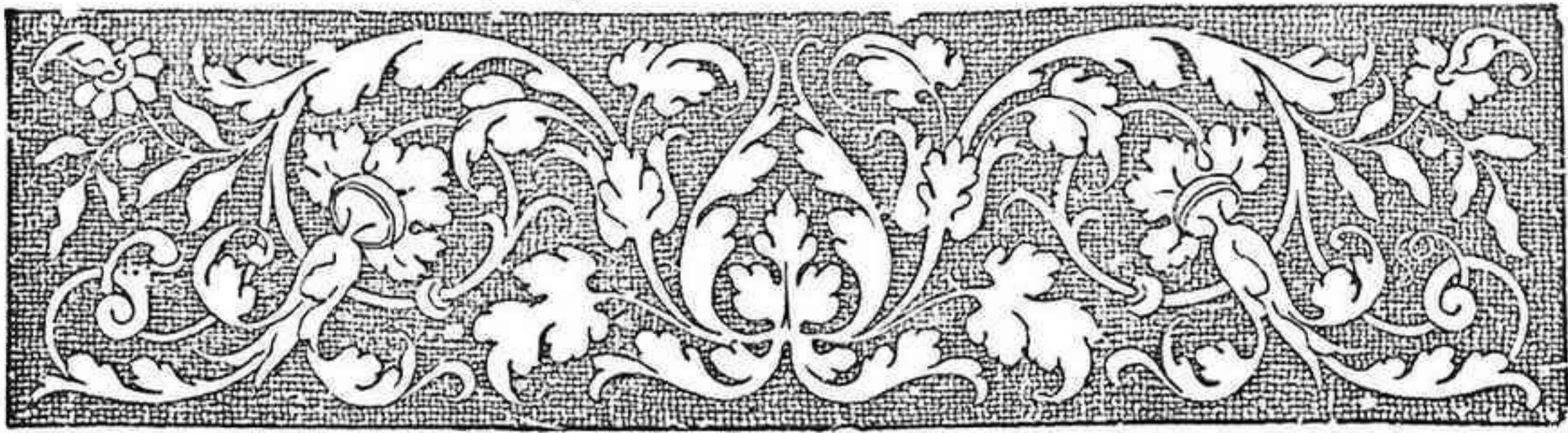
---

Felicidad, palabra falsa y vana,  
fantasma inerte, deslumbrante estrella  
de luz, que muere, apenas si destella  
de la esperanza en la región lejana;  
cruel verdugo de la raza humana,  
que loca y ciega corre tras tu huella,  
ilusión desde lejos sólo bella,  
cuyo ser esperó siempre mañana;  
yo también te creí y escuché, necio,  
tus voces de sirena engañadora,  
mas huye ya de mí, ya te desprecio,  
fantasma de la mente soñadora,  
que una voz á mi oído dice recio,  
que eres del mundo eterna desertora.

JUAN ANTONIO MARTIN IGLESIAS.







## NOCHE-BUENA

---



la celebración—ya próxima—de las poéticas fiestas de Navidad con sus tiernos *villancicos*, cantados por numerosos *zagales* de ambos sexos, con sus Misas *pastorelas* y su música alegre, juguetona y efusiva como los ensueños de la niñez, va unido con simbólico ramo de *miosotis*, el nombre del que con atrevida licencia, pero no exenta de fundamento, ha sido apellidado *el Cristo de la Edad Media*, San Francisco de Asís.

Tal vez no haya florecido en el catolicismo otro Santo que haya penetrado tanto como nuestro Padre el espíritu de los diferentes misterios que celebra la Iglesia, pero su devoción al *Santo Pesebre* es proverbial, y está impregnada de toda la ideal ternura que caracteriza al Serafín de Asís y que transmitió á sus hijos con todos sus idílicos encantos.

Preguntándole un día sus religiosos si harían bien en comer de carne el día de Navidad, si caía en viernes, “seguramente que sí, les contestó, y desearía que los príncipes y grandes señores echasen en tal día por calles y campos carne y trigo, para que hasta los animales y pájaros participasen de tan gran fiesta.”

El venerable P. Claret, Apóstol del siglo XIX, en su *Catecismo explicado*, coloca á Francisco prosternado de hinojos ante el establo de Belén, junto al divino Infante, María y José, ya por haber tenido la honra insigne y singular de que su piadosa madre Pisa, lo diese á luz en un establo, sobre paja y entre bestias, como se lo había vaticinado un misterioso peregrino, ya porque en aquella noche, según refiere la tradición, los espíritus angélicos cantaron sobre el establo de Asís,



como siglos antes sobre el de Belén, himnos de júbilo y ventura, ya por haberse desposado con *su Dama* la Pobreza, y haber desposado con la misma á otros santos, entre ellos á San José de Calasanz, ya, en fin, por haber sido tal vez el que más de cerca ha seguido al Divino Maestro en la práctica de los consejos evangélicos, según el común sentir del pueblo cristiano.

El fué, como atestigua el erudito capuchino P. Cherance, quien popularizó en Italia—si acaso no introdujo—la devoción al Santo Pesebre, ó hablando con más propiedad, puesto que la fiesta de Noche-Buena es tan antigua como el cristianismo, dió expansión ordenada á los populares regocijos que la acompañan, inventando la representación plástica del *Belén* ó *Nacimiento*, asunto artístico que arrancando de su gran amigo el pintor Mateo de Rubeis, príncipe de Orsini y padre de un niño que, acariciado y bendecido por el Santo con espíritu profético, llegó á ser el Papa Nicolás III, siguiendo con Bondone (Il Giotto) y los numerosos artistas de las escuelas Florentina, Paduana y Ombría, ha enriquecido con valiosas joyas la pintura y escultura cristianas; nada decimos de la forma de relieve entero que, desfumando pésimo gusto, explota la industria moderna en muchos *belenes* ó *nacimientos*, si bien reconocemos que los múltiples lunares y notables deficiencias en el modelado de las figuras, poco á propósito para orientar y desarrollar el gusto estético de los niños, nada resta al seductor encanto de las alegrías, que difunde el Misterio, placentero y henchido de esperanzas como una mañana abrilena en el corazón de los rigores invernales.

Pero nos han desviado de nuestro modesto propósito estas digresiones de carácter artístico, en que, por desgracia nuestra, somos profanos; volvamos á nuestro Santo.

En Diciembre de 1223, previa la venia y bendición de Honorio III, *el Mendigo*, trasladóse de Roma á Greco para celebrar la Pascua de Navidad, convocando para ello á sus religiosos y gentes de los alrededores, á fin de dar á tan simpática fiesta extraordinario lucimiento.

Siguiendo las instrucciones del Santo, su entrañable amigo el piadoso caballero Juan Velita, levantó al aire libre un altar y un pesebre, y trajo un buey y un asno, reproduciendo así al natural el bendito establo de Belén; á la media noche los religiosos, seguidos de los montañeses, aldeanos y seño-



res de la ciudad, con antorchas encendidas, dirigieronse al bosque entonando tiernos villancicos; Francisco que, como es sabido, llevado de su profundísima humildad, jamás quiso recibir el sacerdocio, ofició de diácono en la *Misa del gallo*—que ya celebraba la Iglesia desde el siglo anterior—cantando solemnemente el Evangelio, terminado el cual, predicó con sin igual dulzura y unción sobre las grandezas y misericordias del *Niño de Belén*, teniendo que suspender varias veces su plática, para desahogar en tiernos sollozos y copiosas lágrimas la emoción de inmonso júbilo, que le embargaba: era un prelude del Paraíso.

Su ilustre compatriota y discípula Santa Clara, fundadora de las Damas ó Dueñas pobres (segunda Orden franciscana), introdujo en su monasterio de San Damián la poética costumbre del *Nacimiento* ó el *Belén*, que con la rapidez del relámpago propagóse por todos los conventos de ambos sexos de la Orden Seráfica y por toda la Iglesia, derramando entre las almas benéficas influencias y consolándolas con paradisiacos carismas.

¡Bien hayan el Mendigo de Asís y sus humildes hijos, que nos han enseñado los inmensos tesoros de ternuras que al mundo trajo desde su pobre cunita de pajas el Niño Dios!

¡Noche-Buena, Noche-Buena, bendita seas! ya que nos recuerdas el acontecimiento más memorable quizá que han visto los siglos, el del Dios de la majestad y de los poderíos, el que tiene por trono las puras alas de los querubes, y por carroza triunfal las ligeras alas de los vientos, y las nubes tornasoladas, hecho niño, haciendo pucheritos y tiritando de frío entre los animales por amor al hombre, derrama sobre los pobres, sobre los humildes y anónimos, sobre cuantos en el desierto de la existencia sufren los rigores del dolor ó del infortunio, abundantes, dulces é inefables consuelos!

JOSÉ ERICE,  
Penitenciario de Huesca,  
Terciario Franciscano.

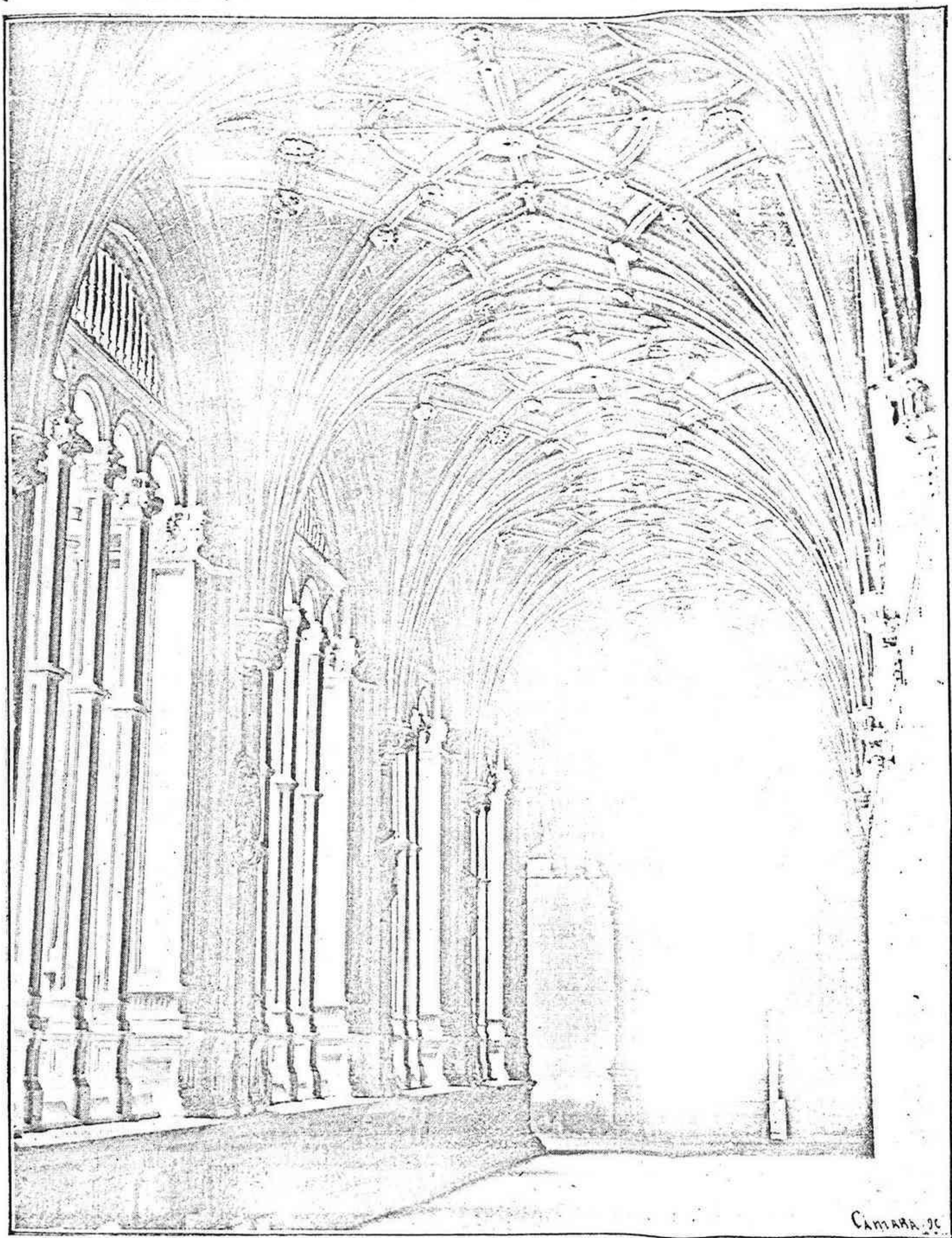






Preciosa imagen de la Virgen del Rosario en el célebre convento de San Esteban de Salamanca.





Galería completa en el celeberrimo "Patio de los Reyes," del convento de PP. Dominicos de Salamanca.





## A UN NIÑO EN LA MUERTE DE SU MADRE

---

— No temas, niño. Aquí estamos  
Todos. Y todos te amamos  
Prontos á mirar por tí;  
Y haremos lo que te cuadre,  
Con solo que digas sí.

— ¿Dónde está mi madre?

— Mira en el jardín las flores,  
La azucena y el jazmín.  
Escucha los ruisenores,  
La música que te da  
El jilguero y colorín.

— ¡Y mi madre! ¿dónde está?

— Mira que aun tienes quien te ama;  
Que te ama con frenesí  
El que tu hermano se llama.  
Mira que aun te queda un padre  
Que se desvela por tí.

— ¡Ay! sí... ¿Dónde está mi madre?...

— Mira cuál niños chiquitos  
Con quien jugar no te faltan:  
Mira cuál alegres saltan,  
Cuando el padre sal les da,  
Los corderos y cabritos.

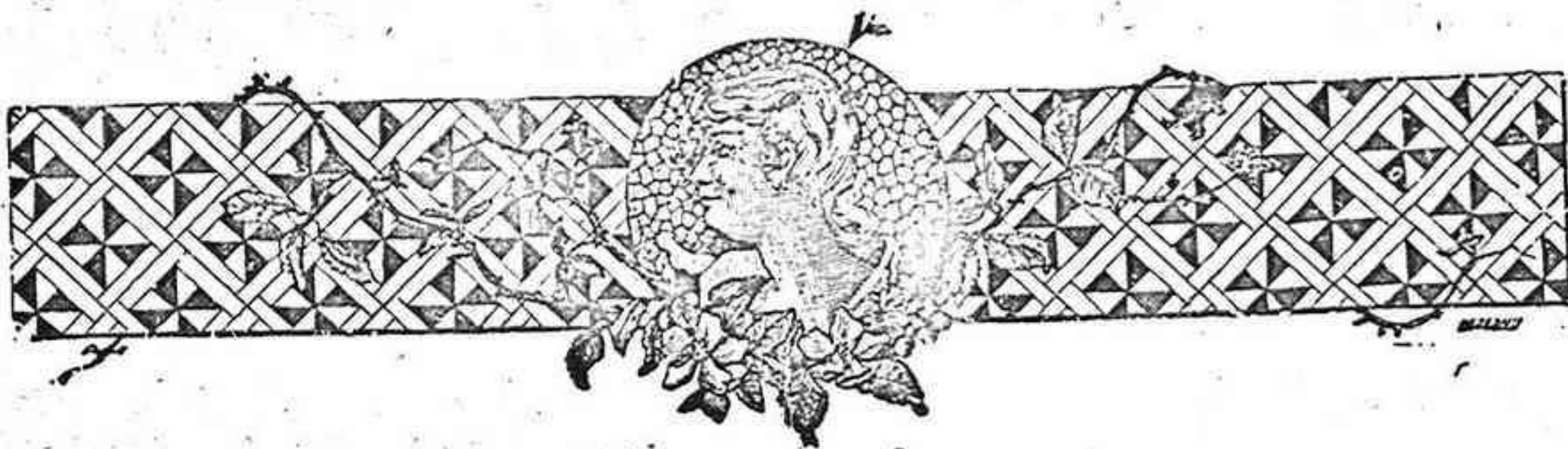
— ¿Y mi madre dónde está?

— Hijo mío, te diré  
Dónde tu madre se ha ido.  
No temas, no se ha perdido.  
Tu madre, niño, se fué  
A ver la Virgen María.

— ¡Eh!... ¡Ay dulce madre mía!

G. H. ORDAS.





## CONVERSACION DE AMISTAD



AUNQUE suene á exageración clerical, diré que la oración, á la que Santa Teresa llama "conversación de amistad," en sus dos manifestaciones de mental y vocal, es elemento positivo de regeneración individual y de progreso social, expansión profunda, garantía segura de honrada libertad humana. Debe acompañar siempre la demostración á las palabras, no se diga como de los intelectuales, que somos hombres negativos, sin celo de nuestras afirmaciones.

Siendo la oración ejercicio de potencias, es natural que pidamos á la ciencia Psicológica la más concisa fórmula de la naturaleza y condiciones que la integran en el ser de ejercicio y de conversación.

Porque así iremos claros y atajaremos muchísimo en el camino, no muy trillado, de la demostración ofrecida y deseada. Para que todo vaya en orden, conviene una advertencia muy provechosa; así más fácilmente se deshacen prevenciones de escuela, sectarismos de maestros y prejuicios de bandería.

Del Renacimiento acá tuvo la filosofía escolástica y la escuela cristiana muy terribles enemigos; entonces fué cuando ganaron en defensores los sentidos y la experiencia, mientras la metafísica perdió en sinceros cultivadores.

Contentáronse algunos de los enemigos con indicar en suaves palabras la exagerada importancia, que se daba en la filosofía al espiritualismo de la escuela cristiana. Apoyados en este principio, dieron un paso más otros filósofos y decla-



maron más de lo que fuera regular en favor de la experiencia y de los sentidos como fuentes de conocimiento. Más adelante se declararon muchos en abierta rebelión contra todo proceso trascendental y reflexivo, que con mucha cordura y buen sentido enseñaba en las escuelas profunda, racional y verdadera metafísica.

Fué tan extremada la alegría de los innovadores, que se disputaron la gloria en la fundación de dos escuelas representativas del más feroz atrevimiento filosófico, y de la más exagerada pornografía humana.

Al calor de odios y placeres sensuales nacieron el brutal sensualismo naturalista y el grosero positivismo moderno. ¿Cómo había de ser ni útil, ni conveniente, ni necesaria una metafísica que vive de ideas, á unos sentidos que se nutren de materia? ¿Qué tiene que ver el alma con el cuerpo? ¿Cómo entenderán de reflexiones especulativas, los que nunca miraban al espíritu? El principio neopagano, importado en la época del Renacimiento, pervirtió el concepto de la verdadera filosofía; de aquí la guerra al espiritualismo sincero de la escuela cristiana y la negación de la metafísica.

Y no es la metafísica á manera de prehistórico laberinto, donde se guardan en calidad de alegóricas fantasías los primeros principios de la vida espiritual, ni son estos principios incompatibles de todo punto con los modernos adelantos, y mucho menos con los fundamentos señalados al pensamiento por la incomparable libertad científica. No es la metafísica, agorera fanatizada por el neo y aventurero espíritu de la Edad Media, ni visionaria imprudente, que sube en espasmos de místicos arrebatos á las inexploradas regiones de lo impersonal é indefinido, para fabricar en aquellas borrosas latitudes las vulgares fantasmagorías, que en espíritus exagerados y ultramontanos, habían de convertirse en infecundos dogmatismos de escuela. Nada de esto tiene la metafísica, porque es la suya palabra sutil, suavísima, de poderosa virtud regeneradora. Son los principios que integran su propia naturaleza, como íntensos luminares en la levantada esfera de los conocimientos humanos, á cuyos resplandores se descubren las inmensas lejanías de lo trascendental é infinito. Es la metafísica dato personal, en el que se revela á sí mismo y á los demás un espíritu esforzado y vigoroso, hasta oponerse con resistencia insuperable á la grosera y



brutal intransigencia de los sentidos, el que hace estallar las cadenas de la ignorancia, el que remueve con esfuerzo de gigante el gran mundo de las maravillosas especulaciones psicológicas.

Lleva dentro de sí la metafísica, más que las otras ciencias especulativas la calidad y gravedad de las cuestiones, que en reñidas contiendas han de ventilar los sabios. Por eso en el semblante se trasluce la conciencia de lo árduo, ni se franquea tan pronto á todas las inteligencias. Pero no es racional, antes arguye, si no otra cosa, pobreza mental, el deducir de lo difícil y trascendente, la inutilidad ó negación de sus principios y doctrinas. Si valiera una comparación, para demostrar la estima que hacen los hombres de la verdad metafísica, con razón la pondría á la par de las más ricas joyas de la naturaleza y del arte. Diría de ella que es riquísima perla escondida en las entrañas de la vida espiritual; y solamente los espíritus fuertes, acostumbrados á levantadas y sutiles especulaciones pueden dar con ella en momentos lúcidos de activa contemplación.

Es la verdad metafísica rayo de intensísima luz que penetra y esclarece las sombras y repliegues de subidos idealismos, hasta poner ante los ojos de la inteligencia con pasmosa claridad, las más intrincadas nociones de sublimes conceptos filosóficos.

Esta metafísica robusta, clara y fecunda como la verdad, nos dice de la oración, que es ejercicio de facultades racionales, en el cual entran á tomar parte la memoria, la inteligencia y la voluntad. En la oración el alma se revela á sí misma, y después, á los demás, en las obras. Es un acto libre y personal, que en el ejercicio de la vida, al desdoblarse el espíritu en continuas acciones relacionadas con los demás, deja lo personal, para convertirse en elemento social y progresivo. Es algo libre que va condicionado al vivir de los hombres y de las sociedades verdaderamente fecundas y progresivas.

La oración es un aliento poderoso del alma, un vivir, anhelando el conocimiento íntimo del sér, para ponerlo en condiciones de utilidad propia y ajena, un ir continuamente adelante en la progresiva sucesión de los días. Es la oración el signo escogido por la propia regeneración, para poner ante los ojos de los demás la virtud inmanente á los mandamien-



tos. Es el emisario que manda el deber, para anunciar sin rodeos á los radicalismos de la izquierda y de la derecha que no está la salud en negras murmuraciones, ni en ímpetu de pasión, sino en el sabroso y callado sufrir del heroísmo. Es el único ariete, que en un momento puede arruinar y demoler los castillos feudales, levantados con el beneplácito de política sectaria y jacobina.

La oración es movimiento hacia la inmortalidad, que no pueden dar completo el culto á las pasiones, ni la sensación pornográfica de la materia. Es algo más hondo, más fecundo, más vivo, más ardoroso, más social y progresivo que esa turba de gárrulas concupiscencias, removiéndose á impulsos de ambiciones insaciables, en el hórrido torbellino de inclementes y mundanales apetitos.

Con haber dicho que la oración es ejercicio de potencias, hemos descubierto en ella un bien real y positivo para el hombre. Todo ejercicio mental concurre de una manera directa á la perfección de aquellas potencias puestas en ejercicio, siempre que no ceda en perjuicio de la racionalidad. Si el ejercicio ordenado de las potencias, por el hecho de ser tal ejercicio, representa un bien en los seres racionales, es un contrasentido, levantarse contra los que ocupan algunas horas de la vida en tan nobles ejercicios. No hay disculpa en los que tienen palabras de vituperio para la oración, pues siendo amantes de la verdad, de la justicia, del orden, del progreso, deben procurar, no improperios, sino alabanzas para el ejercicio de la oración.

En esta "conversación de amistad", como la llama Santa Teresa, tienen representación todas las potencias del alma, para que ninguna de ellas entre en relaciones con la pereza, que origina el atrofiamiento y degradación del hombre. Mas como la inactividad de cualquiera de las potencias es la muerte de esa misma facultad, bien claro se ve que la oración, en calidad de ejercicio, es enemiga de la inactividad.

Siendo así la verdad, como lo es, resulta del ejercicio de la oración, otro bien en extremo laudable y provechoso, según el cual merecen cumplidas alabanzas las personas ó entidades, que procuran para sí y para los demás el libre ejercicio de la oración. Es elemento de vida espiritual, de educación y de cultura, de muy valiosa influencia en la regeneración del hombre. ¿No representa un bien en la vida del espíritu?



¿No es natural elemento á las facultades del alma? ¿No es un recto y ordenado ejercicio de las facultades? ¿No es enemiga de la degradación? ¿No busca en todo la vida y conocimiento del sér racional? ¿No procura con todo interés el desprecio y muerte de los apetitos? ¿Y qué es la vida ante la muerte? ¿Qué es el ejercicio ordenado de las facultades ante la pereza y el desorden? ¿Qué es el conocimiento y triunfo sobre las pasiones? ¿No es un bien?... ¿Quién dirá entonces de la oración que no es un bien positivo para el hombre, elemento regenerador, garantía de honradas libertades?

Los que levantan su voz en declaraciones de interés personal, arrojando sobre tan delicado y noble ejercicio de las potencias del alma, son nefandos impostores á quienes debemos evitar y combatir con todos los recursos del talento.

Aunque nos hablan de honestos ejercicios y recomiendan en sus palabras el orden y la justicia, al declararse enemigos del libre, honesto y honrado ejercicio de la oración, es clara señal de que en su alma procuran la ruina de los pueblos y de las sociedades. Conviene muchísimo prevenir á las gentes sencillas contra estos feroces enemigos del orden y de la verdad, ya que pudieran fácilmente dar asentimiento á las ardorosas palabras de tan constantes impugnadores.

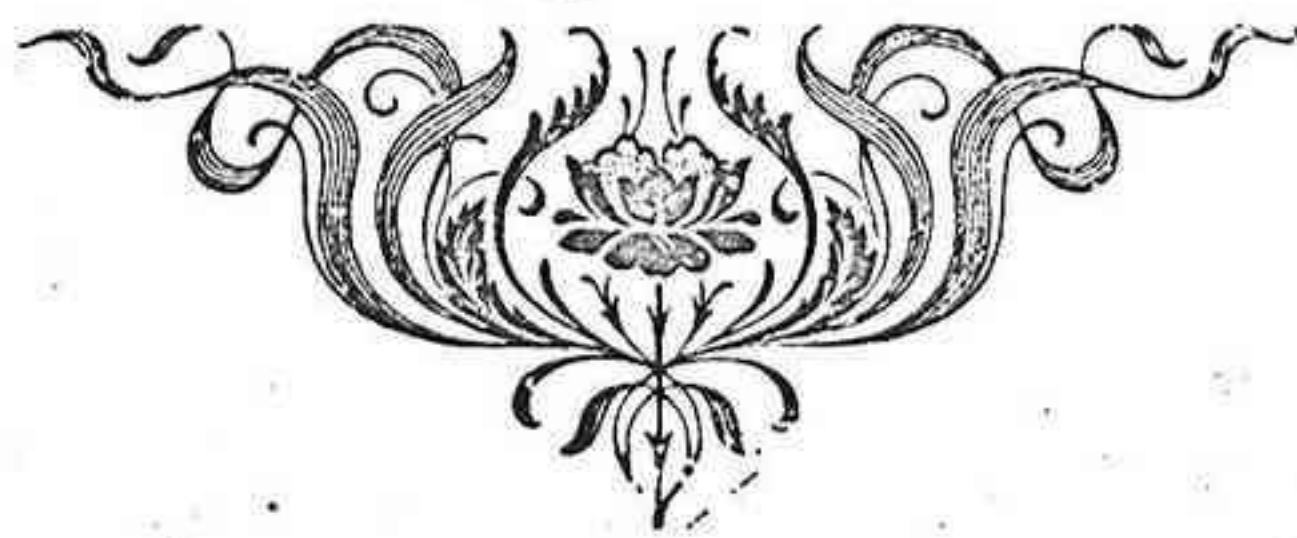
Nunca conseguirán sus propósitos en los hombres de juicio, en aquellos que estudiaron con todo esfuerzo personal el valor intrínseco de los problemas humanos y religiosos, pero pueden muy bien pervertir el ánimo de los rudos é ignorantes, poco acostumbrados al ejercicio de las especulaciones, para convencerse por sí mismos de la relación y naturaleza de las cosas. Como ellos ponen todo empeño en pervertir el ánimo de sus aliados, así nosotros con más vivo interés hemos de llevar la verdad á todas las inteligencias, así en retorno á nuestros esfuerzos vendrán á las filas de los creyentes innumerables prosélitos, que alabarán á Dios y honrarán á la patria. Es necesario señalar cómo uno de los mayores males en el campo del orden y de la verdad, la falta de proselitismo. La oración es elemento de vida y de conjunción de voluntades. Es, como dice Santa Teresa, "conversación de amistad", que es lo mismo que señalar dulzura suavísima en las palabras de los que oran, amor entrañable para todos, muy especialmente para el Dios del cristiano, que es el Dios Omnipotente de los cielos y de la tierra, de los ángeles y de



los hombres. Será el hombre de oración honrado de Dios y de las generaciones, y su memoria recibirá bendiciones de las multitudes, porque será fecundo y honrado, de alientos generosos para entrar en el concierto de las grandes ideas, é irá siempre en pos del deber y de la justicia, donde han de venir los días venturosos de honrada libertad y verdadero progreso. Porque el hombre de oración entiende de sí y de los demás la grandeza del espíritu, cree en fecundos ideales y no correrá nunca tras el oro y las vanidades de la ambición, que son siempre rémora al desenvolvimiento progresivo de las sociedades. Son las pasiones desordenadas enemigos declarados del orden, de la paz, del concierto armónico de las ideas y de los pueblos, por eso en el honrado y libre ejercicio de la oración procura el justo el arma más valiente y poderosa contra los enemigos del bien que son los apetitos desordenados.

Al hombre de continua oración es al único que están reservadas estupendas maravillas, como veremos en otros artículos.

TOMÁS VICENTE DEL ARCO.





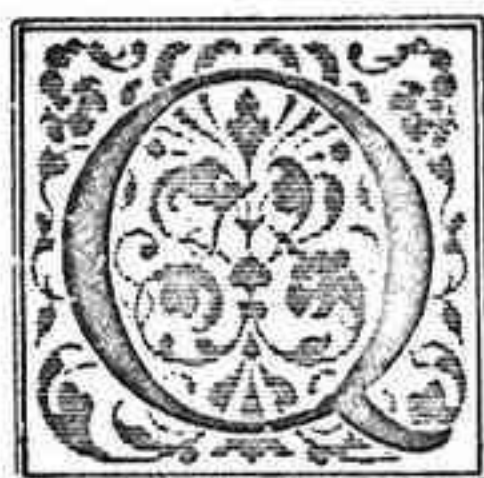


# «¡T'ADAY PROBEZA!»

NOVELA DE COSTUMBRES CHARRAS

II

Noche de perros



—¿QUÉ le pasa, agüelo?... ¿Páe que está triste?—preguntó al tío Jacinto su yerno cuanto que le vió entrar en casa y sentarse silencioso en el escaño, inclinando su cabeza pensativo.

—Ná, hombre... Ese Manuel, que es un agorero... ¿Te páti?... que se va...

—¿Aónde?

—A la'Mérica ¡recoino!

—¿Sí?... pus puá que no sea solo.

—¿Qué ices?...

—Lo q'usté oye.

—¿También tú?... Bueno... dejame. Por mí no lo siento... Lo siento por Ana, por los niños.. .

—No les faltará Dios, agüelo.

—Asín sea.

Y en esto salieron de la cocina dos arrapiezos, niño y niña, que, haciendo carantoñas al viejo, subiéronsele sobre las rodillas, y á seguida rompieron en la copla de siempre:—Lelo, dinos el cuento del pastor....

—Anda, que yo te quero mucho.

Y el tío Jacinto, sorbiéndose su pena, dijo:—Mirai, es asína... Había en un pueblo dos pastores que tenían su ganao en un monte, donde había muchos lobos ..



—¡Anda, como aquí en las Tabaneras!

—¡Cállate, tú!

—No quiero.

—Pos sí.

—Pos no.

—¡Que se calle, agüelo!

Y al abuelo se le desarrugó el entrecejo, oyendo la disputa de sus nietos, y siguió con cara risueña y ahuecando la voz:—Un día dijo un pastor al otro:

—Pastor, ¿vino el lobo?

—No, que no vendría.

—¿De ande venía?...

¿Del monte ó del carrascal?

—No, que vendría de la iglesia.

¡Como es tan amigo de rezar!...

—Anda ¡qué risa!

—¿De cuáles llevó?...

¿De las blancas ó de las negras?

—Llevaría de las colorás...

¡Como vos tenéis tantas!...

—¡Amos!... ¿Pues no me s'ha olvidao?

—¿El qué?

—El cuento.

—¡Uy! Pos antes lo sabía.

—Ná, que no m'acuerdo. Mirai, tu padre lo sabe. Que siga él.

—Padre, siga usté.

— ¡También á mi me s'ha olvidao!—rezongó Isidoro, que estaba distraído con sus pensamientos.

Pero no tan distraído, que se olvidara de su más apremiante necesidad aquel entonces, y como la brega había sido fuerte y el trabajo de sol á sol, *aina* que se le iba el espíritu y un regüeldo tras otro:—Ana, ¿está la cena?

—Cuando queráis—contestó desde la cocina el ama.

Y esta invitación fué como una orden imperiosa, que hizo á todos levantarse diligentes, con el tajo al trasero, y sentarse de nuevo ante la mesa de encina que hacía un siglo servía de comedor junto al hogar.

El tío Jacinto bendijo la mesa, y comenzó la sobria refeción con un pote de berzas y patatas, condimentadas con abundancia de pimienta y escasez de grasa.



No obstante, había para cada uno su ración de manto adobado.

Los hombres sacaron los pañuelos del moco, un tanto sucios, y como esta suele ser la única servilleta en tales casos, colocáronlos con cierta ceremonia cerca de la fuente... Los niños metieron el pan y los dedos en el caldo, lo que mereció una severa amonestación de Ana.

Y aquí sentimos el deseo vehemente de dedicar un párrafo en elogio de estas comidas patriarcales de nuestro pueblo, donde la primitiva sencillez de nuestros mayores campea en el sosiego de la lucha y hace envidiables estos potes de berzas y patatas con su cacho de ración... Pero lo dejaremos para otro día, puesto que aquella noche hubo sus más y sus menos entre el silencio elocuente de la familia, que sólo los niños turbaron con sus ocurrencias.

Manuel llegó el último y cenó también en silencio.

Por cierto que Ana sintió ganas de llorar.

¡Sensibilidad cariñosa y delicada de la mujer buena! ¡Es la musa de nuestras alegrías y de nuestros dolores!...

Y vino, tras la *sosiega*, la hora del reposo y *cá mochuelo á su olivo*. Pero no sé si fué la tormenta, que continuaba cirniéndose sobre el pueblo, y el relampaguear de las nubes, que el tío Jacinto se desveló.

De viejo se duerme poco; el primer sueño.

Aquella noche ni el primero ni el último... Llamaban á la puerta el alguacil y el Secretario; luego el tío Chancas; luego el amo y la curia... *En después* una tormenta deshecha de pedrisco arrasaba las mieses, y se morían los *gües* y los *gorrinillos paician* gatos y no valían pa *ná*...

Al fin todos se iban y lo dejaban solo... ¡solo!... ¡qué tristeza!... ¡Más valía morirse!

Pues ¿y Manuel?... Tampoco dormía... Que si la Colasa, que si la siembra... Que si el arao se *esganchaba* en un pedrusco... y ¡arre, Brillante!...

Cerro arribaaaá...

Cerro abajoooó...

Y ¡vaya unos surcos interminables! Aquello era un lío... Su padre lloraba; Ana lloraba; los mocosos de los sobrinos llora-



ban... El Leal le hacía fiestas y quería seguirle; y ¡anda á casa!... Será la última vez que nos veamos. ¡Pobre animal!... ¡Anda á casa!... Y hasta el perro lloraba... ¡Qué pena!.. El pueblo se quedó atrás. ¡El cementerio!... ¡Allí quedaba su madre!... ¡Dios! ¡qué amargura!... ¡qué hiel!...

¡Agua!... mucha agua... ¡la mar!... Y un barco negro, negro como su alma... con los lutos de las ilusiones muertas, de los amores perdidos. ¡El mar!

¡Adiós, Colasa!... ¡Adiós querida tierra de mi nacencia!  
¡Adiós, madre!... ¡Adiós, todos!

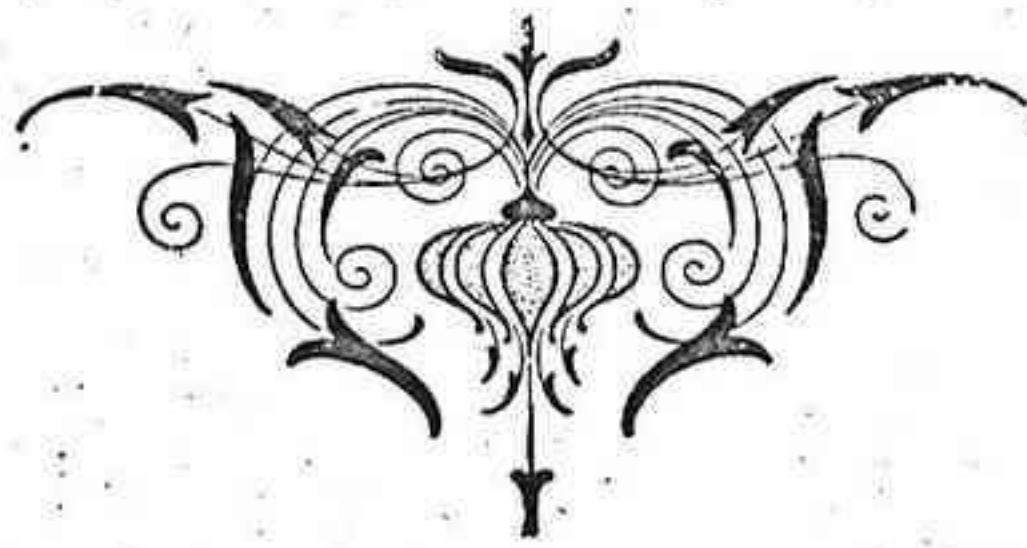
Cerro arribaaaá..

Cerro abajoooó...

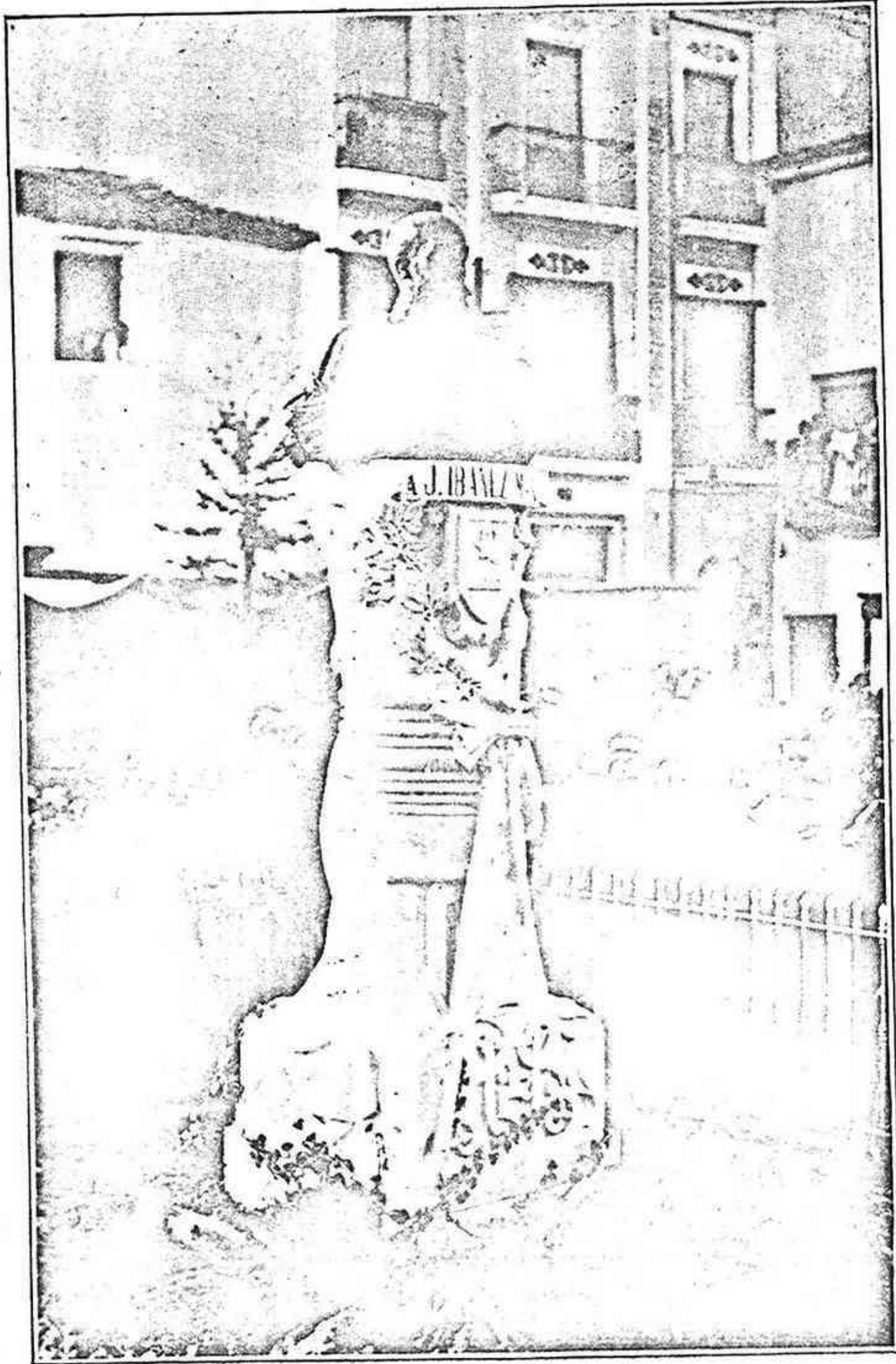
¿Colasa?... Colasa también estaba en vela.

¿Dónde andaría Manuel que aquella noche no fué á verla?  
¿Si le habría embobao la envidiosa de Catalina? .. Pues ¡s' había d' acordar!... Su padre podría hacer lo que quisiera; pero ella quería á Manuel. ¡Era tan buen mozo!... Y luego ¡habían jugao de chicos!

ANDRÉS RUBIO POLO.







Estátua de Ibáñez Marín





**Aviso importante.** Con esta fecha pone al cobro la Administración de esta Revista las suscripciones correspondientes al año actual.

Rogamos á nuestros favorecedores atiendan los documentos que les sean presentados á este fin, y sin nuevo aviso, para evitar entorpecimientos á la marcha administrativa de LA BASÍLICA TERESIANA.



**Ibáñez Marín.**—Queremos cumplir una promesa. Ibáñez Marín, muerto gloriosamente en los abruptos campos rifeños, es acreedor á nuestra admiración y á nuestras alabanzas.

No sé qué llevan consigo los héroes cuando viven, ni qué dejan en pos de sí cuando mueren, que no es posible sustraer el corazón á los sentimientos de la admiración.

A veces se levantan en el espíritu tan ardorosos deseos de encomiar á los grandes hombres, que esas admiraciones y sentimientos se manifiestan en tumulto de levantados aplausos. Es que sus obras, preparadas y forjadas en el yunque del sacrificio encierran una virtud singular que se manifiesta viril, arrojada y prudente en aquellos momentos supremos de victoria ó derrota.

El hecho del héroe es algo maravilloso; que ni es de todos los días, ni todos los hombres; algo que da en la conciencia y la conmueve por manera extraordinaria, y engendra sensaciones é ímpetus que te arrastran á la visión.

Ibáñez Marín, muerto en los campos de batalla, es más, mucho más que el Ibáñez Marín del regimiento, es un mártir de la Patria al que sigue donde quiera la aureola brillante del valeroso.

Con razón el pueblo, que le vió nacer, consciente de sus deberes, celoso de sus glorias ha querido tener siempre en la memoria el nombre glorioso de tan bizarro militar y perpetuar la simpática figura de su héroe y paisano en mármoles y bronce. Bien merece Anguera los aplausos de todos los buenos patriotas. Los que nosotros le enviamos son entusiastas y sinceros, como sentido es el recuerdo, que purificado por el incienso de la oración, guardamos para el bizarro militar, español benemérito y cultivador ilustre de las letras patrias, Ibáñez Marín.



En París se ha celebrado, desde el 11 al 14 del pasado, el VI Congreso de conferencias y proyecciones, en el cual se ha demostrado el desarrollo de esta obra,



por existir más de sesenta obras diocesanas de proyecciones con excelente material. En esta Asamblea se ha tratado de dar orientación histórica á las conferencias, demostrando la grandeza de los siglos cristianos. También se ha propuesto el empleo de proyecciones para preparar á los niños á la primera comunión.

Los enemigos del catolicismo se consideran hoy por hoy derrotados en orden á estos procedimientos, así como en todo el terreno de las obras post-escolares.



El insigne Obispo de Vich ha dado orden de que se repartan seis premios, de sesenta duros cada uno, á las familias necesitadas de la ciudad que tengan mayor número de hijos y que acrediten una cristiana educación, en conmemoración del Centenario del inmortal filósofo Balmes.

¿Y los anticlericales, qué beneficios hacen, qué dádivas reparten? ¿No saben más que ejecutar el programa del incendio y del saqueo?



Con ocasión de recibir Su Santidad en la capilla Sixtina á los maestros elementales dependientes del Vaticano, pronunció una elocuente exhortación, recordándoles la importante misión que les está encomendada con la educación popular. Hizo alusión á sus primeros años de apostolado, diciendo que siempre gozó en instruir á los niños pobres de su parroquia. Expuso cuál es el deber de los gobiernos en la enseñanza, haciendo notar cómo todos los ciudadanos deben cooperar á esta obra, siendo el verdadero carácter de la instrucción el de la educación popular.

Terminó recomendándoles la mayor perseverancia y el mayor celo en el desempeño de su cargo, para contrarrestar el influjo del ateísmo, llevado hoy á la enseñanza.



El domingo 27 del pasado se inauguró, con asistencia de 8 000 personas y con gran solemnidad, la V Semana Social en Barcelona, á la cual se han adherido muy salientes personalidades extranjeras y nacionales. El discurso inaugural fué leído por el muy elocuente y sabio señor Obispo de Vich, y el de clausura está á cargo del señor Obispo de Osma, de notoria competencia en asuntos sociales.

De la importancia de la Asamblea da testimonio la palabra del abate francés Mr. Luang, el cual dijo que, aunque había estado en muchos actos semejantes, á ninguno concurrió que revistiera la magnificencia que éste.



En los días 12, 13 y 14 del actual se celebró en Alacúas (Valencia) una Asamblea de padres de familia, para dilucidar cuestiones y adoptar acuerdos referentes á la trascendental misión propia de aquéllos.

Noble y digno entusiasmo reina en aquella localidad con ocasión de este suceso.



## Donativos para las obras de la Basílica en Alba de Tormes

	<u>Pesetas Cénts.</u>	
Enviado por D. Isidoro de Montealegre, de una persona devota de Bilbao . . . . .	1.000	»
Enviado por D. <sup>a</sup> Casimira Estivales, Tesorera de las Teresianas de Madrid. . . . .	268	60
De D. Crispín Rahola, Deán de Gerona . . . . .	5	»

---

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado.



# ÍNDICE GENERAL

DE LAS

MATERIAS PUBLICADAS

EN LA REVISTA

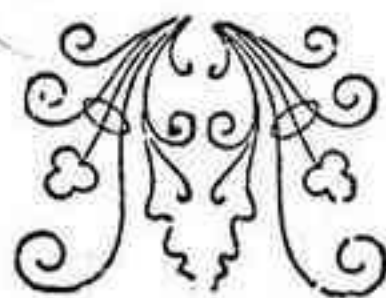
# LA BASILICA TERESIANA

TOMO V

(SEGUNDA ÉPOCA)

(LO FORMAN LOS NÚMEROS DE 15 DE ENERO

Á 15 DE DICIEMBRE DE 1910)





I. — ARTÍCULOS EN PROSA

AUTORES	TÍTULOS DE LOS ASUNTOS	PÁGINAS
S. A. R. la Infanta D. <sup>a</sup> Paz.....	De mi vida. — Impresiones.....	1
»	Id.....	33
»	Id.....	97
»	Id.....	129
»	Id.....	161
»	Id.....	193
»	Id.....	226
»	Id.....	257
»	Id.....	289
»	Id.....	321
»	Id.....	353
Tomás Vicente del Arco.....	La poesía del hogar.....	5
»	De mi vida. — Impresiones.....	57
»	¿Qué son los impíos?.....	70
»	Grande de España.....	148
»	La Cuaresma.....	173
»	El P. Cámara y la Ciencia.....	243
»	El Congreso Mariano de Salzburgo.....	363
»	Obras quiere el Señor.....	371
»	Mientras más, más.....	13
»	Conversación de amistad.....	20
»	Noche de Reyes.....	24
»	Actividad y obediencia.....	88
»	Cartas.....	37
»	Idem.....	65
»	Dos palabras sobre nuestra Santa.....	121
»	La humildad de Santa Teresa.....	138
»	Respuestas, oportunidades y gracias de Santa Teresa de Jesús.....	219
»	El P. Cámara.....	247
»	Los campos castellanos bajo el régimen municipal de la edad media.....	277
»	Id.....	309
»	Id.....	340
»	Id.....	43
Jesús Felipe Rodríguez.....	Candelaria.....	52
Eloy Montero.....	Al campo de la lucha.....	52